

“A PROPÓSITO DEL AMOR: *MI FAMILIA*”

25 de diciembre de 2006. Hoy mi Iglesia de Punta Brava está vestida de fiesta, aunque no sea domingo; hoy se llena todo el aire húmedo de lluvia con una música diferente: la de murmullos y risas de niños, altibajos sonoros y mágicos que acompañan los pasos de un baile que desde 8 años viene repitiéndose sin hacerse viejo: la danza apurada y ansiosa entre bastidores de unos locos y locas enamorados de ese Recién Nacido que por estas fechas anonada y encanta: se trata de dos pasos para vestir a tres Reyes Magos enanos; salto y giro para angelitos de blanco; cambio de ritmo y tres pasos para dos bailarinas españolas, para adelante ahora con Isabel, María, José y el Niño; otro giro, otro más y sigue la danza con la Luz, la Oscuridad y el Tiempo, tres personajes, trío de acróbatas que a fuerza de empeño sincronizan entre locución y movimientos casi artísticos para lograr el nudo perfecto en una sandalia de cartón aquí; el amarre impecable para un turbante improvisado allá y el ajuste de alas emplumadas del ángel de la Nochebuena. Así, este tropel de alegría que cada año da la clave perfecta a un tradicional Festival de Navidad que no pocos esperan con emoción, nacido tras una caminata por el desierto bajo el sol. Hoy se amontonan padres, abuelos, tíos, amigos, hermanos, sin importar la lluvia que ya se ha hecho cómplice cada vez, no sé si para tentar nuestros ánimos o para bendecir desde el cielo. Todos a la espera de otro momento bello e inolvidable, que en otras ocasiones les ha robado una que otra lágrima.

Este es mi más fresco recuerdo de las pasadas fiestas navideñas. Es por eso que ante la interrogación de ¿cómo es tu familia? no puedo evitar transportarme a eventos como este en los que he sido alocadamente feliz hasta marearme. Por supuesto que Dios me ha regalado a unos padres maravillosos, una hermana, abuelos, tíos, primos, a mi pedacito de sol, que es mi hijo, pero no es de esa familia de la que quiero escribir, sino de mi familia que vive en comunidad, mi familia de fe, en la que también hay una madre llamada María y un padre Dios para todos, lo cual nos hace hermanos de Jesús y hermanos entre nosotros, a esa familia es a la que quiero citar hoy con todo el deseo de dar testimonio de amor, de lo que es el amor en medio del Pueblo de Dios, y que como dice San Josemaría: “Amar, en cristiano significa querer querer”.

Y bien, mi familia es así: sabe congregarse en una mesa en la cena del domingo, donde en común unión con el que se quedó por amor, da y recibe paz, habla íntimamente con el Padre, perdona y acoge. Como toda familia, tiene sus buenos momentos para recordar en los que hemos compartido un montón y hemos hecho tantas cosas, juntos y a fuerza de querer queriendo.

Vienen a mi mente las innumerables peregrinaciones en camión con mi buen sacerdote de entonces, quien en las cuestas arriba de no pocas lomas animando al chofer con su “sube, Eddy, sube”, nos llevó a recorrer media isla para visitar y conocer a otras comunidades con las que compartimos muchas fiestas patronales; íbamos por valles y montañas, como montados en el tren de la vida: los viejos y los jóvenes, los grandes y los chicos, los gordos y los flacos, peregrinaciones que nos hicieron descubrir que nuestra Iglesia de los 80 no estaba muerta.

Por aquel entonces, nosotros, los de ahora éramos unos chiquillos que no pasábamos de 10 años, pero que queríamos tanto que no faltó quien nos enseñase unas cancioncitas para hacer un corito, ni faltó un afanado y paciente escritor-director de muy buen querer (tanto que después se hiciera sacerdote) para montarnos obritas muy graciosas que nos llevaron hasta la Catedral de La Habana. En esta familia hay de todo: los legendarios símbolos de perseverancia y servicio, que como robles desafían el tiempo y las adversidades para mantenerse firmes y fieles hasta siempre; están aquellas que día a día demuestran la existencia de los milagros, multiplicando las galletitas y los refrescos entre los niños del catecismo, que gracias a Dios hoy son 10 multiplicados por 3 y demuestran además que pueden dividirse ellas mismas entre esposas, madres, abuelas y misioneras. También tenemos incansables soñadores que dibujan festivales, músicos, cantores: sí, hay de todo y todos somos una pieza importante con un determinado lugar y valor, algo así como los instrumentos musicales dentro de una gran orquesta, cada uno con su sonido peculiar que da el tono preciso en el momento indicado.

Esta es mi familia cercana de mi pequeño pueblo, que sabe bien el sabor del fruto de ese “querer querer”, de esa caridad sin distinción y sin más empeño que el de hacer que muchos se enamoren. Ahora te pregunto yo: “¿Y tu familia, cómo es? Si aún no te has animado a descubrirla porque te has quedado un poco dormido(a), pues empieza ya, mira que si un solo instrumento calla, entonces desafinamos y aunque te parezca loco nuestro director, él es el más sabio y virtuoso de todos, que sabe emplearnos tan acertadamente como para lograr la armonía perfecta. Recuerda que Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1Tim 2, 6), por tal motivo, siendo este su empeño, nos toca a nosotros traducirlo en obras, aprendiendo a servir y no a ser servidos, y todo esto se logra con mucho amor.

Colaboración de
Giselle Grass Velazco
Com. Nuestra Sra. De la Caridad del Cobre
Punta Brava